



Miserere Mei Deus

David estaba aún en su palacio de Jerusalem a pesar de ser aquella la época del año en que los reyes salían a la guerra.

Joab, hijo de Sarvia, General de los Ejércitos de Israel y de Judá, por mandato del Rey había deshecho las tropas amonitas en el campo, y puesto cerco a la ciudad de Rabba, donde se habían refugiado los soldados de Ammón que pudieron evadir, en la campaña, el filo inclemente de las huestes davídicas.

Fué una cálida tarde, cuando el Rey, cansado ya del lecho, paseábase por el terrado de su alcázar, para que las brisas del País de Benjamín apaciguaran su encendimiento. Desde allí vieron sus ojos asombrados una mujer que lavaba su cuerpo desnudo, más hermoso que las más hermosas flores de Sión! Era Bath-sheba, la mujer de Uría.

Los emisarios reales trajeron cautiva a la mujer, y el Rey, despreciando las brisas del terrado, entró con ella en la misma cámara de donde había salido, momentos antes, huyendo del bochorno estival.

Pasó una luna. Y, entonces, una sierva de la casa de Uría Hetheo, presentóse al monarca y rozando la frente contra el suelo, así le dijo:

—Mi señora, la hija de Eliam, me envía a tí, oh Faro y Espada de Israel, para hacerte sabedor de las *embarazosas circunstancias* que han robado su apetito y han hecho huír su sueño.

Y el espíritu del Rey quedó sobresaltado!

E hizo venir desde el sitio de Rabba a Uría Hetheo; preguntó a su llegada, por la salud de Joab, por la salud del Pueblo y por la marcha de la guerra...

Antes de haber llegado a la real presencia, una palabra imprudente escuchada por el marido de la hija de Eliam, había cubierto su espíritu de sombras. Por eso, cuando el Rey le despidió diciendo:—Baja a tu casa y lava tus pies.—Uría le objetó:

—El Arca de la Alianza, Israel y Judá, están bajo de tiendas; y Joab y los siervos de mi Señor, sobre la haz del campo que circunda la fortaleza de los hijos de Ammón: y ¿he de entrar en mi casa para comer, beber y dormir bajo techo con mi mujer? Por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa.

—Sé tú mi huésped hoy, que mañana te despacharé.

Y Uría sentóse a la mesa del Rey aquel día, y los reales vinos le embriagaron; pero, a pesar de su borrachera, *no descendió a su casa*.

Pocos días después, el corazón del Rey se llenó de alegría: un emisario de Joab le hizo saber que *sus órdenes habían sido ejecutadas con presteza*: el cerco de la fortaleza de los amonitas era más estrecho; el triunfo de las armas de Israel se avecinaba; pero, Abimelech y Uría Hetheo habían sido muertos en las avanzadas, *por la gloria del ungido de Jehová!*

David llevó a su alcázar a la viuda de Uría.

Y todo Israel, desde Gaza hasta Beer-seba, comentaba la conducta insidiosa del Rey.

Y Nathán, profeta, viniendo a David, díjole:

—Jehová te libró de la alevosa mano de Saúl, y te ungió por rey sobre Israel; por su voluntad, la casa del hijo de Cis y sus mujeres vinieron a ser tuyas. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Dios, haciendo lo malo delante de sus ojos? Hiciste tuya a la mujer de Uría y a él mataste con el cuchillo de los hijos de Ammón.

—Pequé contra mi Dios!—clamó David entonces, y su espíritu se cubrió de luto.

—Pero Dios es misericordioso y ha remitido tu pecado—dijo al Rey sollozante el profeta Nathán.

Y David rompió a cantar:

"*Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam*".

(Estas cosas decía don Pino a su compañero, en la Santa Iglesia Metropolitana, frente al barroco retablo de la Virgen del Pilar, mientras la palabra sagrada del predicador resonaba en las naves, la tarde del Viernes del Concilio).

El sacerdote psalmodió, frente al Ara, en el más sombrío de los modos: *hipophrygio* (griega nomenclatura que la Iglesia Romana dá al modo cuarto); y el coro de la Capilla Musical del templo, dió principio al notable *Miserere* de Juan Bautista Plaza.

En la lúgubre tonalidad de *la bemol menor*, sobre pedal tónico se desarrollan tres simultáneas melodías que van en posición melódica de *quintas* sucesivas hasta el cuarto compás; una síncope, fuertemente acentuada a un tiempo mismo por las cuatro cuerdas corales, en el último cuarto del compás quinto, es de gran importancia rítmica en esta frase que se extingue en el unísono final.

Don Pino comentaba:

—No puede ser mejor interpretado el espiritual desasosiego del psalmista que suplica a su Dios, borre sus rebeliones conforme a la multitud de sus piedades.

En posición melódica de *octava*, sobre *mi bemol*, empieza el *Quóiriam iniquitatem meam*. Este trozo es de gran valor estético, a pesar de la serie de sextas diatónicas que se inicia en el último tercio del compás tercero: la armonía que es aquí en *sol bemol mayor* y al final de la serie en *si bemol menor* expresa toda la amargura que engendra el reconocimiento del pecado.

En el sexto versículo, el Bajo expone la célula contrapuntística formada por tres notas que ascienden por grados conjuntos; el Tenor segundo lo imita a la *quinta* superior, y luégo en la *octava* aguda entra la imitación del Tenor primo. Los tres acordes de *cuarta* y *sexta*, marchando por diatónicos grados descendentes en el sexto compás, son de gran fuerza expresiva. Este número es notable, tanto por el técnico desarrollo del contrapunto imitado, como por la magistral interpretación del texto.

En el *Aspérges me hyssopo*, la triple apoyatura que sigue a la anacrusa, produce un delicado efecto; y toda la armonía de la primera parte posee la suavidad suplicante de la oración.

Los números diez y doce, son dos buenas formas contrapuntísticas; el número catorce puede considerarse como un trozo formado por armonías puras sin relieve artístico; y la musicación del *Dómine lábia mea*, es bonita.

En el número dieciocho reaparece el tono tétrico de *la bemol menor*, para cantar el primer hemistiquio; mas, en el segundo (*Tú no despreciarás al corazón contrito y humillado*) la tonalidad asciende a la luz de *mi bemol mayor*, como el espíritu va del temor a la esperanza!

Tunc acceptabis sacrificium, es dicho por los Bajos en una exposición de fuga, a la cual responden los segundos tenores a la *quinta* alta y los primeros a la *octava* aguda; el contrapunto queda sustituido por armonías puras, desde *oblaciones* hasta el fin. En la segunda parte (*Entonces sobre tu altar se ofrecerán becerros*) la armonía adquiere toda la grandiosidad del sagrado sacrificio.

□

—Esta tarde he oído trozos que nada tienen que envidiar a la música del Renacimiento!—fueron las últimas palabras que dijo don Pino a su compañero, frente al barroco retablo de la Virgen del Pilar.

K. T.

